

El poder de las instituciones de la República

Jorge M. Streb, 25 de noviembre de 2010

Hasta su muerte, Néstor Kirchner concentró, con una energía que parecía inagotable, el poder en la democracia argentina, un poder que cristalizó en hiperpresidencialismo durante gran parte de esta última década. La Argentina necesita de líderes enérgicos como Kirchner. Pero para que la Nación avance, no alcanza con la energía o la rapidez. Hace falta deliberación para encaminarnos en la dirección correcta. Las instituciones encauzan este poder, pero solo si nosotros queremos.

Desde 1987, Néstor Kirchner ganó una elección tras otra, hasta que enfrentó su primera derrota en las elecciones legislativas del 2009. Esto se podría atribuir, más allá de otras razones, al mal humor social por la recesión de ese año. Sin embargo, aunque la economía volvió ahora a crecer con fuerza, las perspectivas electorales del oficialismo para el año 2011 no despegaban. Este es un primer límite que enfrenta todo político, el de la reelección. No es el único. Desde 2009, por decisión de los votantes el Congreso Nacional dejó de ser una “escribanía de gobierno” disciplinada por los líderes del bloque oficialista. Esto no sólo obliga al Poder Ejecutivo Nacional a tener que negociar acuerdos con la oposición y con el propio Justicialismo, sino que le da independencia al poder judicial.

El controvertido empresario Alfredo Yabrán dijo, en una entrevista allá por 1997, “El poder es tener impunidad... yo no soy poderoso”. Subordinada u hostigada por los sucesivos poderes políticos de turno a los que entregamos la suma del poder, la justicia argentina sin embargo impone un tercer límite. La justicia es imperfecta: no evita los abusos y excesos del poder, sí puede obligar a responder por los eventuales actos ilegales incurridos durante la gestión de gobierno. Ni un presidente está librado del riesgo de comparecer ante la justicia. Después de dejar el cargo, nadie es absolutamente impune.

Es trágico que Kirchner haya muerto aún joven, pero da testimonio de la salud de nuestras instituciones. Su sueño de una Argentina de Kirchner se hizo trizas contra ellas. La Argentina no es de nadie. Al mismo tiempo, mientras esté regida por las instituciones de la República, es de todos nosotros.